

Presentación

La sociología –esa ciencia particular y extraña que surgió de la confluencia entre la filosofía griega (Platón, Aristóteles, etcétera), la árabe (Ibn-Khaldoun) y la social occidental (Comte, Spencer, Marx, Durkheim, Weber, etcétera)–, desde su emergencia en plena modernidad, fue construida para interrogar al mundo e interrogarse ella misma. En su devenir ha seguido la historia misma de la sociedad en tanto que se ha confundido con ella, pero también por cuanto la ha enfrentado y cuestionado constantemente. En ese sentido, la sociología en su desarrollo ha seguido la historia de las demás ciencias sociales y humanas en cuanto que las condiciones de su emergencia han sido similares; al mismo tiempo ha sido reconocida como la hija putativa de la contradicción social. De ahí que oscile entre anclarse al hecho social o trascenderlo, entre el ayer y el mañana pasando por un hoy, complejo y pleno de incertidumbre; entre ese espíritu analítico y crítico con el que ha intentado afirmar su estatuto de científicidad y procurado comprender y cuestionar, al ir más allá de los fenómenos sociales, culturales y políticos que se presentan actualmente.

El saber sociológico fue producido primero por la sociedad, luego para la sociedad, actualmente lo hace con ella, lo que quiere decir que en un principio pretendía establecer sus bases de científicidad y la condición de posibilidad residía en la no implicación del sociólogo en el objeto de estudio; luego se acompañó de cierto ropaje ideológico, que hizo del estudioso de esa ciencia un militante en busca del cambio social. Después de la caída del muro de Berlín, la sociología se reconstruye junto con la sociedad, de tal

manera que el sociólogo es parte del objeto de estudio, es decir, es objeto y sujeto de estudio. El sociólogo actual recupera su pasado, pero con una nueva actitud: intenta elaborar su discurso científico contextual e interdisciplinariamente, y dicho discurso es propuesto, negociado, modificado y transformado dinámicamente; se presta a la controversia, aun cuando logre cierta estabilidad. Parafraseando a Mondada,¹ podemos decir que el sociólogo, en su proceso de denominación de conceptos y categorías sobre los objetos del saber, manifiesta un conocimiento socialmente encarnado en las prácticas científicas—en tanto se trata de conocimientos contextualizados—, mismas que confirman e infirman valores categoriales, de tal manera que provocan juicios de tipicidad o construcción de categorías que no dejan de ser discordantes, mejor dicho, que se prestan al debate.

Actualmente la sociología está ganando en credibilidad social porque está encaminándose hacia un proceso de profesionalización que comprende tres aspectos complementarios: la investigación, la enseñanza y la práctica profesional.

Según Bernard Lahire,² la sociología es una de esas ciencias raras que necesita constantemente estar probándose a sí misma y ocupar bastante tiempo para explicar y justificar sus procedimientos, así como para manifestar los resultados de sus análisis; la situación (social, académica y cognitiva) singular de la sociología es particularmente incómoda, porque no sólo es agotador que siempre esté intentando responder a la pregunta “¿para qué sirve?”, lo más incómodo reside en el hecho de que la respuesta sea “no sirve para nada!”, que se encuentra en el espíritu de quien hace la pregunta.

¹ L. Mondada, “La construction discursive des catégories”, en D. Dubois (ed.), *Actes du Colloque “Catégorisation, représentation des connaissances et systèmes symboliques”*, Kimé, París, 1994.

² Bernard Lahire, *El espíritu sociológico*, Argentina, p. 6. Véanse, además, Lidia Girola y Gina Zabudovsky, “La teoría sociológica en México en la década de los ochenta”, *Sociológica*, núm. 15, UAM-Azcapotzalco, México, 1991; R. Sainsaulieu, “La professionnalisation des sociologues”, *La lettre de l’ASES*, núm. 11, junio, 1992, pp. 15-18; Clau Dubar y Paul Tripier, *Sociologie des professions*, A. Colin, Coll U., París, 1998; y O. Kutty y D. Vranken, *La sociologie et l’intervention: Enjeux et perspectives*, De Boek, Bruxelles, 2001.

El sociólogo profesional se articula a un campo de saber, saber hacer y saber ser; es decir, a un dominio de especialidad, campo de problemas o configuración de actores en el que desarrolla no sólo conocimientos, sino también cierta pericia o habilidades operatorias que permiten ser solicitado y reconocido por organizaciones y actores sobre la base de su capacidad para resolver problemas. Para eso hay una exigencia ética que consiste en comportarse con compromiso social, de forma justa y respetuosa de la diversidad ideológica, social, cultural y ambiental. A ese respecto, Philippe Corcuff³ precisa que “al asociar directamente a los *social scientists* a la vida ética y política de las sociedades en las que están insertos, el compromiso constituye una de las entradas clásicas en la cuestión de la utilidad sociopolítica de la sociología”.

El sociólogo también está ligado a una comunidad científica que se configura desde la universidad, en la que se comparten referencias teóricas y normas metodológicas, lo que permite decirse y hacerse reconocer como sociólogo. Esta doble identidad hace referencia, como lo señalan Dubar y Tripier,⁴ a la universidad y al campo, formación y experiencia biográfica en la que se teje la definición de sí que desea reconozcan los demás.

Por otro lado, la sociología científica toma sus cuestiones de la sociedad misma, por lo que su enfoque no puede reducirse a una representación unidimensional de la realidad social, sino como un conjunto de tentativas para elucidar las diferentes configuraciones problemáticas que existen en la sociedad.⁵

En la sociología –con sus diversos paradigmas a lo Khun o programas de investigación al estilo Lakatos, o según las tradiciones científicas siguiendo la epistemología de Laudan– se encuentra una diversidad e incluso una divergencia en la manera de entender lo social. Así, en la literatura sociológica se encuentran enfoques que hacen énfasis en diversas dimensiones de lo social; por ejemplo,

³ Philippe Corcuff, “Sociologie et engagement: nouvelles pistes épistémologiques dans l’après-1995”, en Bernard Lahire (dir.), *À Quoi sert la sociologie?*, Éditions la découverte, coll. Textes à l’appui/Laboratoire des sciences sociales, París, 2002, p. 157.

⁴ Clau Dubar y Paul Tripier, *Sociologie des professions*, *op. cit.*

⁵ Robert Castels, “La sociologie et la réponse à la demande sociale”, en Bernard Lahire, (dir.), *À Quoi sert la sociologie?*, *op. cit.*, p. 75.

desde una perspectiva se atiende el sistema de restricciones objetivas que se traduce en variables, como el positivismo; otro enfoque hace hincapié en el medio cultural y en los estilos de vida, como la socioetnografía; otro más, insiste en los procesos históricos y en las relaciones sociales, como la sociología crítica y la comprensiva; incluso estas últimas lo hacen con perspectivas diferentes. Finalmente, aquella que se focaliza en las normas y relaciones interiorizadas, como la sociología de la intervención o sociología clínica. Por lo que dicha disciplina está compuesta por recortes de la cultura, construye discursos, visiones, modelos explicativos o paradigmas, formas de concebir la construcción de las sociedades y las relaciones entre los hombres desde la vida cotidiana. Por otro lado, puede también ser transformadora de la sociedad, al mostrar la forma en que ésta opera, al aportar conocimiento de este mundo social tan complejo y que constantemente vamos reconstruyendo.

La cuestión es saber si el aparato teórico metodológico, construido históricamente, es pertinente para abordar adecuadamente los cambios que se suscitan en la actualidad. Como la respuesta es negativa, entonces es preciso actualizar los marcos de referencia, así como relevar problemas actuales y emergentes con soluciones novedosas. La sociología, entonces, intenta plantearse problemas viejos y persistentes, así como los emergentes, siempre con soluciones novedosas, sin que se soslaye la tradición de esa ciencia. Este es el tenor del presente número especial de la revista *Veredas* que ponemos a disposición del lector.

Este número está constituido por 11 artículos, todos ellos en un intento de revisión teórica de planteamientos sociológicos actuales. En un principio tenemos la interesante lectura y análisis crítico que elabora Jorge Brenna acerca de Sygmunt Bauman, sociólogo polaco y analista de la modernidad y la posmodernidad, de la dinámica actual del modo de estar en el mundo de los humanos. En este artículo, denominado "La sociología líquida de Sygmunt Bauman", Brenna plantea que la sociología es una faceta del modernismo en tanto que representa la conciencia crítica de la sociedad moderna, caracterizada ya no tanto por las estructuras férreas e inamovibles (sociedad sólida), sino por la incertidumbre y la ambivalencia, lo efímero y la diversidad; de ahí la denominación de sociedad líquida, llena de contrastes y paradojas que desborda el espacio y el tiempo, a la vez que se configura; de ahí la importancia del

análisis sociológico, en un intento por reivindicar lo más humano de la sociedad.

Relacionado con los planteamientos de la sociedad líquida y de consumo, pero encaminado por otros derroteros, Alberto Sánchez, en el artículo “El sentido de lo nuevo en la economía cultural de internet”, dialoga con Borys Groys –filósofo, matemático y artista de trayectoria dispar, pues nace en Alemania Oriental, trabaja en Rusia, reside en Alemania Occidental y da cursos en Estados Unidos– y recupera la noción de economía, no monetaria, sino cultural digital, así como las proposiciones que hace sobre lo nuevo, lo inmortal y los archivos –conceptos a la vez que novedosos susceptibles de dar cuenta de la vida cibermediática actual. En esta era es la novedad la que condiciona la admisión, misma que se finca en la capacidad de penetrar en el campo de lo que es digno de ser escrito, pintado o expuesto con elementos que son juzgados como consistentes, pero también como banales y desprovistos de sentido. El hecho de que algo perdure o no, implica un momento de decodificación y censura, lo que es otorgado por la tautología, es decir el valor que se le concede a la obra y que se finca en el estudio de comparaciones entre lo que se encuentra en los archivos y lo que se aspira a insertar en ellos. Eh ahí el cadáver como centro de creación de la cultura, de sus valores. De ahí que la función de la crítica es reforzar la estabilidad y la credibilidad del sistema archivos-medios; por ello es que circulan ágilmente las controversias, pero también son cuidadosamente archivadas. Son de gran interés las reflexiones que realiza Sánchez sobre internet y la educación, ambas oscilan entre la lógica del mercado y la de la creatividad e imaginación.

El artículo de Elvia Taracena, titulado “La sociología clínica. Una propuesta de trabajo que interroga las barreras disciplinarias”, aborda la sociología clínica como un auténtico “uno-entre-dos”, como decía Gilles Deleuze, en tanto cruce y confluencia, no sin contradicciones, entre estructura y actor, conciencia e inconciencia, entre las determinaciones sociohistóricas a las que están sometidos individuos, grupos e instituciones, sino también como creadores de historia. Presenta un estado del arte en cuanto a los principales ejes de análisis, sus conceptos relevantes y tradiciones, sin excluir a los excluidos y los problemas del poder, así como los ámbitos de aplicación en América Latina y en México.

José Manuel Juárez y Sonia Comboni presentan el artículo “Introducción al pensamiento sociológico de Alvin Gouldner”, destacado sociólogo estadounidense, en el que exponen la propuesta de una sociología crítica y reflexiva en tanto se supera el mito de la seudoneutralidad valoral y metodológica del investigador social; es decir, que lejos de procurar en su quehacer sociológico el distanciamiento entre el sujeto y el objeto de conocimiento, se asume con sus virtudes, defectos, ideas, intereses y compromisos, ya que es un sujeto inmerso en el mundo social.

En el artículo “Erving Goffman: microinteracción y espacio social”, Álvaro López y María Eugenia Reyes presentan una aproximación al pensamiento sociológico de este autor canadiense, quien trató de profundizar en una sociología centrada en los procesos microsociales de interacción y en la etnometodología, particularmente sobre la influencia de los significados y los símbolos de la acción y la interacción humana. Se parte de esta última para remontar a lo social, de tal manera que la vida social se define como un amplio teatro en el que los individuos, en tanto actores, desempeñan sus papeles ante los demás, es decir, ejecutan una serie de rituales, según las posiciones sociales ocupadas por cada uno de ellos. Los ritos de interacción permiten que los individuos ejecuten bien sus papeles; a partir de ese modelo dramático se analiza la puesta en escena de la vida cotidiana. Interesante recuperación y reflexión acerca de las diversas maneras de organización de los territorios del yo elaboradas por Goffman. En efecto, el uso que los actores hacen del tiempo y del espacio es un ejemplo para el diseño de los contornos de la individualidad y la interacción en la coyuntura de la sociedad actual.

Si en el pasado la comprensión de la vida social se tejía alrededor de las categorías de historia, estructura, civilización, Estado-nación o clase social, actualmente –sin negar el valor heurístico que tales categorías tienen– el individuo ocupa un lugar importante en el análisis social. Por lo que la sociología actual ha retomado, como uno de sus problemas centrales, los procesos de individuación, con la finalidad de dar cuenta de los principales cambios sociales que están operando en el mundo. En ese contexto se inscribe el trabajo de Margarita Castellanos, titulado “El retorno del sujeto y los nuevos paradigmas sociológicos. Contribuciones a una sociología del sujeto”, donde la autora dialoga con tres sociólogos europeos:

Bajoit, Lahire y Jodelet. De esta última analiza la noción de representación; del segundo recupera la propuesta metodológica a partir del análisis de los relatos identitarios que los sujetos realizan de su vida cotidiana, y del primero presenta su modelo sociocultural. El común denominador es la problemática de la identidad que de manera acuciante se presenta en la actualidad, y el gran impulso de la recuperación del sujeto activo, pensante, sujetado y libre a la vez, en las ciencias sociales de hoy. La temática de la identidad del individuo contemporáneo está articulada a la realidad social que –para decirlo en términos de Jean-Claude Kaufmann– no se reduce a datos objetivos, sino que también se construye a partir del imaginario o el mundo de las representaciones. Lo que significa que el individuo necesita reflexionar sobre sí mismo, confrontarse constantemente con el *alter* y con sus *yo* múltiples para llegar a una definición de su identidad, aunque ésta siempre sea inacabada por perentoria e inestable.

El artículo de José Luis Cisneros, “La percepción subjetiva de la discapacidad. Una mirada teórico-empírica”, se centra en el análisis de la construcción siempre tensa y llena de complejidades de la percepción y la representación del otro como diferente y del discapacitado en particular. Tales percepciones y representaciones son auténticas formas simbólicas, por tanto culturales, que clasifican y descalifican, etiquetan y valorizan a los discapacitados desde referentes arbitrarios y convencionales. Por ello, es importante reflexionar sobre esos procesos clasificatorios, desde una imagen compartida con quienes padecen determinados estigmas.

El artículo “Enrique Dussel: una aproximación a su pensamiento”, de Alberto Padilla, es un acercamiento a la teoría dusseliana sobre la filosofía ética y política de la liberación con sus contribuciones a los movimientos sociales, sobre todo de los grupos marginales latinoamericanos.

En el apartado Encuentros se presenta el artículo de Guadalupe Pacheco, “El desalineamiento electoral en México, 1997-2009”, en el que analiza el comportamiento electoral mexicano en ese periodo, caracterizado por oscilaciones en las preferencias partidarias, de tal manera que se da una recolocación y volatilidad del electorado respecto de partidos tanto tradicionales como emergentes.

También en este apartado presentamos el artículo de Javier Ortiz y Rogelio Martínez, una mirada a las instituciones en tanto

campos de fuerza, socializadoras y subjetivadoras de individuos, en el que hacen un breve recorrido por varios autores como Weber, Dubet, Reynauld y Foucault, sobre todo para cernir la noción de dispositivo institucional.

Finalmente, Patricia Gascón y José Luis Cepeda, en su contribución titulada "Repensando el trabajo: nosotros y los otros", subrayan la necesidad de reconsiderar algunas de las categorías centrales del pensamiento social para hacerlo menos antropocéntrico y más incluyente –para aceptar, por ejemplo, el trabajo de los animales–; consideran que es necesario establecer una nueva relación del hombre con la naturaleza y con el cosmos y que ello pasa por la reelaboración de nuestras categorías a la luz de los avances de la ciencia, para enriquecer y hacer más incluyente y compleja nuestra concepción de nosotros y de los otros.

Universidad Autónoma Metropolitana

José Luis Cepeda Dovala

Rogelio Martínez Flores

Patricia Gascón Muro

Javier E. Ortiz Cárdenas